

D. Lope era un hombre resuelto y ademas estaba desesperado; pero á pesar de todo, cuando oyó ruido en el interior de la casa, sintió algo semejante al pavor.

La noche estaba negra, el lugar desierto, y aquel edificio no era para infundir confianza á un hombre de bien.

—Quién va?—dijo una voz de hombre por dentro.

—Un amigo—contestó D. Lope; pero como para probar que no decia la verdad, retrocedió dos pasos y puso mano al estoque.

—Quién sois y qué quereis?—dijo el de adentro.

D. Lope no supo qué contestar; pero le ocurrió que puesto que D. Guillen le habia llevado á aquella casa, su nombre debia ser allí una especie de pasaporte, y contestó sin vacilar.

—Soy un caballero que trae un negocio de D. Guillen de Pereyra.

—De D. Guillen de Pereyra? él os envía?

—Sí.

—Pues esperad un momento para recibiros como merece la persona que os envía.

El que estaba dentro pareció alejarse, y D. Lope pensó:

—D. Guillen debe ser el gefe de estos hombres y me van á recibir como embajador.

Pasó un momento: D. Lope, tranquilo ya, esperó; despues oyó ruido, la puerta se abrió, y dos hombres armados de puñales salieron lanzándose sobre él.

## IV.

De lo que pasó con D. Lope y los bandidos en la casa de Tlaltelolco.

**D**ON Lope, al verse agredido repentinamente, dió un salto hácia atrás, y desnudó el estoque. Los asaltantes no eran mas que dos armados de puñales, y D. Lope, diestro en el manejo de las armas, los puso á raya con la mayor facilidad.

Al principio pensó en matarlos, y fácil le hubiera sido, porque aquellos hombres malamente se defendian; pero casi en el momento reflexionó, que aquel ataque provenia sin duda de que se habia presentado en nombre de D. Guillen, y que sobre todo aquellos mismos que le atacaban podrian darle noticias de D<sup>a</sup> Laura; además, los enemigos parecian á cada momento menos encarnizados, bien porque no consiguieran matar á D. Lope en su primera arremetida, ó bien porque se convencieron de que era muy superior á ellos en destreza.

D. Lope quizo aprovechar el desmayo de sus contrarios, y entrar en tratados con ellos.

—Teneos, mal nacidos—les decia—¿por qué me atacais así, cuando apenas me conoceis?

—Bástanos saber de la parte de quién vienes, para tenerte mala voluntad—dijo el Camaleon retirándose.

—Y desconfianza—agregó el Pinacate imitándole.

—Culpa mia es—contestó D. Lope sin acometer, pero permaneciendo en guardia—que creia deciros el nombre de un amigo vuestro.

—Dios nos ampare que ese hombre fuera nuestro amigo—dijo el Camaleon.

—Pues él me ha traído una noche á hablar con vosotros....

—Puede ser muy bien; pero ya las cosas no están como estaban.

—Será como vosotros querais, por ahora solo os aseguro á fé de caballero que si vuestra desconfianza nace de que venga yo de la parte de D. Guillen, podeis estar tranquilos que no es verdad.

—¿Y qué garantía tenemos de que no nos engañais ahora?

—El asunto que tengo que comunicaros, si quereis hablar.

—Hablemos, pero guardad el estoque.

—Antes vosotros los puñales.

—Al mismo tiempo todos, y por la fé de cristianos que no haya felonía.

—Por la salud de nuestras almas—dijo D. Lope envainando su espada.

—Amen—contestaron á un tiempo el Camaleon y el Pinacate guardando sus puñales.

—Ahora hablemos—dijo D. Lope acercándose á ellos.

—Aquí, ó allá dentro ?preguntó el Camaleon.

—Como os convenga.

—En donde su merced disponga—replicó el Camaleon, tomando un aire de respeto—allá estaremos solos, y al abrigo del aire y de los curiosos.... no desconfie vuesa merced; *somos de palabra*.

—Iria yo con vosotros á cualquiera parte, y sin armas—contestó D. Lope marcialmente—vamos adentro.

—Pues sígame vuesa merced—dijo el Camaleon entrando por delante.

D. Lope le siguió, y el Pinacate cerró la entrada de la casa.

Subieron la escalera y llegaron á la estancia en que vivia el Camaleon.

Sobre una piedra ardia un velon de cebo iluminando débilmente aquel estenso aposento.

—Puede sentarse vuesa merced y hablar—dijo el Camaleon, señalando á D. Lope un grueso madero que servia de silla.

D. Lope se sentó, y el Camaleon y su compañero hicieron lo mismo.

—¿Recordais haberme visto otra vez?—preguntó D. Lope.

—Sí señor, recuerdo—contestó el Camaleon—la noche que entregamos los papeles del *Tapado* que vino vuesa merced con ese Señorito á quien Dios confunda.

—Quién es el Señorito?

—El mismo á quien vuesa merced llama D. Guillen.

—Ah!.... pues bien; esos papeles los he llevado yo á depositar á una casa, á la casa de una dama; el Señorito, como vosotros le llamais, pudo advertirlo, y esa casa ha sido asaltada pocas noches despues.

—Pues no debe ni dudar vuesa merced, él ha hecho todo; encontraria quien le comprase el secreto y lo vendió: esa, esa es la costumbre, *jugar con dos barajas*.

—Mi objeto, pues, al venir aquí, ha sido preguntaros, si podriais decirme quién asaltaría esa casa?....

El Camaleon y el Pinacate se miraron entre sí, como consultándose mutuamente, si contestarian por la afirmativa; D. Lope lo advirtió y quiso remover sus escrúpulos.

—Debo advertiros—dijo—que empeño mi palabra de que no perseguiré ni intentaré nada contra los asaltantes; por conducto vuestro me entenderé con ellos para que me den nada mas una noticia que necesito.

—En tal caso estamos conformes; diga vuesa merced su casa, y denos unos dias de plazo para averiguar, y es negocio hecho.

—Muy bien: la casa asaltada es de la calle del Reloj.

—De la calle del Reloj?—esclamaron á un tiempo los ladrones.

—Sí: sabeis algo?

—Perfectamente; pero de esa casa no ha sacado el Señorito ningunos papeles, ni fué negocio suyo.

—Pues qué hubo?

—Una dama nos llevó allí, por supuesto por conducto del Señorito, y todo parece haber sido cuestion de celos, porque de allí no se sacó mas que á otra dama....

—Esa dama, esa dama es lo único que á mí me importa; adónde está? adónde la llevásteis? qué fué de ella?

—Eso sí no podremos deciros: la condujimos hasta la acequia; allí habia una canoa con dos hombres, la embarcamos y se fueron con ella esos dos hombres, el Señorito y la otra dama que la acompañaba.

—Pero esa otra dama, quién era?

—No lo sabemos: tanto enredo de mujeres trae el Señorito....

—Pero vosotros no la vísteis el rostro?

—Y tanto, que podriamos reconocerla al momento.

—¿Teneis inconveniente en venir mañana temprano para que os muestre una, y me digais si es ella?

—Ninguno.

—Bien: entonces mañana á las ocho de la mañana os espero en Catedral, en la puerta de en medio, de las que miran á la plaza.

—No faltaremos.

—Tomad—dijo D. Lope dando una bolsa llena de dinero al Camaleon.

—Gracias, señor; por supuesto nada diga vuesa merced al Señorito.

—¡Dios me libre!

—Muy bien, pues no faltaremos.

—Adios—dijo D. Lope levantándose.

El Camaleon tomó el velon de sebo y salió por delante alumbrando ceremoniosamente á D. Lope.

Así, llegaron hasta la puerta.

—Con que adios, y no olvidarse de la cita—dijo el jóven embozándose en su larga capa.

—Pierda vuesa merced cuidado—contestó el Camaleon.

D. Lope se alejó, y el Pinacate volvió á cerrar.

—Perfectamente—esclamó con alegría el Camaleon—de un *avío dos mandados*; ganamos aquí una buena propina y nos vengamos del Señorito.

—Que para mí es lo principal—contestó el Pinacate.

—Sabes lo que me ocurre?

—¿Qué?

—Que no me parece difícil, que la dama que nos llevó á la calle del Reloj, sea la misma con quien tenia amores el Señorito, en la casa adonde nos puso el plan.

—¿En la casa del marqués?

—Sí.

—Es verdad, y esa direccion tomó la canoa.

—Ni duda.

—¿Pero qué sería capaz de ser tan *felon*?

—Parece que no le conoces.

—Entónces, ha hecho *viaje redondo* con nosotros.

—¿Cómo?

—Así, nos llevó á quitar los papeles del *Tapado*, y nos vendió; supo adónde estaban, y nos llevó á robarlos al mismo á quien se los habia vendido; luego nos llevó á asaltar la casa de la misma dama á quien habiamos ayudado la víspera, y por último allí nos quiso robar y matar á nosotros para quedarse con todo él solo; de modo que por un dia ayudaba á uno en una empresa, para asaltarlo al siguiente.

—De veras que este hombre sí es malo, y descreido.

—Preciso será matarle.

—Ya le llega, porque este caballero me parece que está resuelto.

—Y le ayudaremos....

—Sí, aunque no sea sino para que acabe con ese *excomulgado*.

—Pues vamos á dormir un rato, porque mañana á las ocho hemos de estar en Catedral.

—Me parece bien.

Los dos bandidos se acostaron en el suelo, el Camaleon

apagó la vela, y poco despues ambos dormian con una tranquilidad envidiable á despecho de los filósofos que dicen: que la conciencia manchada aleja el sueño: quizá esos filósofos debieran haber dicho mejor, que lo que suele alejar el sueño no es la conciencia manchada, sino la bolsa limpia.

En fin, en esto como en todo, hay diversas opiniones.

El Camaleon soñó que ahorcaba al Señorito, y el Pinacate que D. Lope le daba mucho dinero.

Entretanto D. Lope, caminaba en la oscuridad precipitadamente.

Llegó á su casa cuando ya se acercaba la mañana, y allí supo que el padre Lozada y D. Gonzalo le habian buscado repetidas veces.